

**MARIA, CAUSA DE NUESTRA ALEGRÍA**  
(5/09/2025: Novena a Ntra. Sra. de Guadalupe)

Querido P. Guardián y Custodio de esta Basílica, queridos hermanos de la fraternidad franciscana, queridos sacerdotes y fieles del arciprestazgo de Villanueva de la Serena, queridos hermanos y devotos todos de Ntra. Sra. de Guadalupe: ¡*El Señor os dé la paz!*

Un año más estamos celebrando la novena que nos prepara a la fiesta de la Patrona de nuestra tierra, la Sra. de Guadalupe. Un año más venimos como peregrinos a postrarnos a sus plantas para implorar su protección sobre nosotros, sobre nuestras familias, sobre nuestra tierra extremeña y sobre los pueblos hispanos. Un año más con fervor de hijos le cantamos: *“Mayor belleza que en Ti, María, hallarse puede tan solo en Dios”*, a la vez que le pedimos: *“Augusta reina de Extremadura, de tus vasallos oye el clamor, himno ferviente de su fe pura que el cielo elevan en tu loor”*.

La liturgia de esta Eucaristía, propia del Misal de la Bienaventurada Virgen María, nos presenta a María como *Causa de nuestra alegría*, y al mismo tiempo nos invita a alegrarnos en el Señor, proclamando como María *“la grandeza del Señor”* porque nos ha mirado con bondad usando misericordia con nosotros, al mismo tiempo que ha hecho obras grandes en nosotros (cf. *Lc 1, 46ss*).

*“Alégrate y goza”* (*Zac 2, 14*). Alegrémonos todos, queridos hermanos y hermanas por encontrarnos, una vez más, en la casa de la Morenita y por ello en nuestra casa. La alegría a la que nos invita la primera lectura que hemos proclamado no es una felicidad superficial, sino un don del Espíritu que nace de la certeza de ser amado infinitamente por Dios, un gozo desbordante que se reconoce al compartir la vida y el Evangelio con los demás. La alegría de la que nos habla el Evangelio, la alegría que hizo saltar a Juan en el vientre de su madre, brota de la presencia de Jesús en nuestra vida, brota de la confianza de ser amado infinitamente por el Señor, incluso en medio de las peores dificultades. La alegría cristiana, la alegría de los discípulos de Jesús, es nace y crece de la experiencia de encontrarnos con Él, de saber que Él habita en medio de nosotros (cf. *Zac 2, 14*), que Él camina con nosotros, como un día caminó con los discípulos de Emaús (cf. *Lc 24, 13ss*); que Él, aunque parezca dormido, puede calmar las tempestades que nos tambalean en la vida, como un día calmó la tempestad en el Lago de Galilea y que nunca nos abandonará en nuestras dificultades (cf. *Lc 8, 22-25*).

Jesús es quien *“nos libera del pecado, de la tristeza, del vacío interior, y del aislamiento”* (*EG, 1*). Es Él quien nos hace desbordar de gozo (cf. *Is 61, 10*). Es Él quien nos viste un traje de fiesta (cf. *Is 61, 4*). Es Él quien sale a nuestro encuentro para invitarnos a formar parte de la Iglesia en salida y anunciar el Evangelio con alegría, alegría misionera que nos impulsa a asumir con gozo esta nueva etapa evangelizadora a la que está llamada la Iglesia, y al servicio de los demás, especialmente de los pobres. Sí, la alegría de habernos encontrado con Jesús es la que nos pone en camino, como María que visita a su prima Isabel, para llevar a todos la Buena Noticia del Evangelio (cf. *Lc 1, 39-47*). La alegría del Evangelio es siempre misionera, es la alegría que se renueva y se comunica y que nadie nos podrá robar.

Hoy María, Ntra. Sra. de Guadalupe, nos visita también a nosotros, trayéndonos a Jesús. Quiere entrar en nuestra casa, como entonces entró en la casa de Zacarías. Quiere entrar en nuestras familias, en nuestros corazones. Seguro que si la acogemos ella se convertirá en causa de nuestra alegría, trayéndonos a Jesús. Y, entonces, Él nos libraré de la tristeza individualista *“que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de los*

placeres superficiales, de la conciencia aislada" (EG 2). Él cambiará el agua en vino, en el vino del amor, en el vino de la alegría que han de caracterizar nuestras relaciones con Dios, como hizo en las bodas de Caná (cf. Jn 2, 1ss), y multiplicará la alegría en nuestro corazón (cf. Is 9, 2) permitiéndonos abrir espacios para la escucha del Señor y para el cuidado fraterno de los demás.

Y entonaremos "cantos de alegría" (Is 49, 13), y exultaremos y gritaremos de alegría (cf. Zac 9, 9) y nuestro espíritu se alegrará en Dios nuestro salvador (cf. Lc 1, 47), porque nuestro Dios está en medio de nosotros. Él, como afirma Sofonías, *exulta de gozo por nosotros y nos renueva con su amor y baila por nosotros con grito de júbilo* (cf. Sof 3, 17). Entremos, queridos hermanos y hermanas, en ese "río de alegría". Lejos de nosotros de hacer opción por una Cuaresma sin Pascua (cf. EG 6). Lejos de formar parte de esos cristianos con "cara de funeral" (EG 10).

Para ello conservemos un corazón creyente, desprendido y sencillo, como el de la Santísima Virgen María. Bebamos de la fuente del amor de Dios por cada uno de nosotros y que se nos manifestó en Cristo Jesús. Apostemos por "la dulce y confortadora alegría de evangelizar" (EG 9). Salgamos de aquí con la convicción de abrir las puertas de nuestros corazones a María de Nazaret a la que nosotros invocamos en este lugar como Ntra. Sra. de Guadalupe, y con ella abramos las puertas nuestra vida a Cristo de par en par. Como a Pablo, también a nosotros el "amor de Cristo nos apremia" (2Co 5, 14), y como él también nosotros podemos decir: "¡Ay de mí si no anunciara el Evangelio!" (2Cor 5, 14).

Hermanos y devotos de Ntra. Sra., de prisa, sin miedo y con gran alegría, pongámonos en camino de prisa para llevar a Cristo a nuestros hermanos más necesitados de la luz de Cristo, siendo "evangelios vivientes". *Fiat, fiat, amen, amen.*